

»y así como se ofende su liberalidad con respecto á los
 »justos si se desconoce la gracia que les hace obrar e[
 »bien, se blasfema igualmente de su bondad hácia los
 »pecadores, si se dice que esta les rehusa los socorros
 »necesarios (1).»

De aquí Francisco pasó á discutir la cuestion ya agi-
 tada en la primera conferencia tocante á la Iglesia roma-
 na, y habiendo repetido Beza que era posible la salvacion
 en ella porque era la Iglesia Madre, pero la Iglesia protes-
 tante era tambien la verdadera Iglesia, teniendo la ventaja
 sobre la otra, de que allanaba el camino del cielo por su
 doctrina tocante á las buenas obras: «No puedo persuadir-
 »me, señor, replicó Francisco, de que un hombre tan ver-
 »sado como vos en la lectura de la Escritura y de los Pa-
 »dres, crea en el fondo de su alma que las buenas obras no
 »son obligatorias, como si San Pablo no hubiera dicho que
 »Dios *dará á cada uno segun sus obras* (2); como si un so-
 »fisma pudiera ponerlos al abrigo de las terribles amenazas
 »de Jesucristo contra los que no hayan hecho buenas
 »obras.—Ay, señor, dijo Beza arrojando un profundo sus-
 »piro, no estóy en buen camino, y todos los dias ruego á
 »Dios que por su misericordia me vuelva á él.» Y repitió
 varias veces esta protestacion, acompañándola de los mis-
 mos suspiros. Viendo el santo apóstol que no podia obte-
 ner otra cosa, se retiró; y el ministro, despues de haberle
 acompañado hasta la puerta, le estrechó la mano con
 grande afecto, repitiéndole otra vez las mismas palabras,
 de modo tal que fueron oidas por los que estaban en la há-
 bitacion inmediata (3).

Al salir de esta conferencia, Francisco regresó en dere-
 chura á Thonon, y allí tuvo bien pronto ocasion de mos-
 trar ese ascendiente de virtud que tantas veces se habia
 admirado en él. Habiendo ido un dia el Padre *Esprit de*

(1) Carlos Aug., p. 151 y 152.

(2) Rom., II, 6.

(3) Carlos Aug., p. 152.

Baume, que le ayudaba en sus trabajos, á escuchar al mi-
 nistro Viret en la predicacion que los protestantes tenian
 fuera de la ciudad, se atrevió á apostrofar á este doctor de
 mentiroso á la salida del templo, pidiéndole las pruebas
 de lo que acababa de esponer. Viret no dió mas pruebas
 que un torrente de injurias. Habiéndole el Padre *Esprit*
 contestado con mucha sangre fria que estas no eran
 razones, y espuesto contra los asertos del ministro argu-
 mentos invencibles, Viret añadió á las primeras inju-
 rias otras mas atroces aún, acalorándose cada vez mas.
 Los protestantes presentes tomaron parte en la querella, y
 uno de ellos cogió bruscamente al Padre, y arrastrándole
 con violencia le gritaba: «¿Quien os ha enviado aquí, mal
 »hombre? ¿Con qué derecho venís á perturbarnos?» Otros,
 entre los cuales habia varias mujeres, hicieron resonar al
 aire con los gritos: «¡Abajo el papista que viene á atacar
 »á nuestros ministros públicamente enmedio de nosotros!»
 Ya se armaban con piedras, el tumulto y la indignacion
 crecia de una manera alarmante, cuando Francisco, infor-
 mado del desórden acudió prontamente, y con la dulzura
 de sus palabras, y el aire de bondad que se manifestaba en
 su rostro, calmó el furor de los mismos que estaban mas
 exasperados, haciéndoles comprender que semejantes atro-
 pellos los esponian á la indignacion del Duque de Saboya,
 por cuyas órdenes los misioneros predicaban y disputaban
 en materia de controversia (1). No obstante esto, termina-
 da esta escena violenta, Francisco recomendó al P. *Esprit*
 obrase en adelante con mas circunspeccion, para no agriar
 y ulcerar los corazones que era preciso suavizar y ganar; y
 se apresuró á dar cuenta del acontecimiento al Duque de
 Saboya. En su carta le suplicaba hiciera saber á los herejes,
 que tendria la mayor complacencia en que fueran á escu-
 char las razones de los católicos; que no los obligaba á
 cambiar de religion, segun el tratado firmado con los Ber-
 neses, y solo los invitaba, por el interés que tenia por su

(1) Carlos Aug., p. 165.

bien eterno, á que respetaran la religion católica, y siguieran lo que les dictare su conciencia despues de haber oido su esposicion y sus pruebas.

Al tumulto calmado de esta suerte sucedió una escena de otro género; en la que la intrepidez de Francisco y el poder que ejercia sobre los corazones, se manifestaron con no menor esplendor. Habiendo disputado acaloradamente dos caballeros, salieron al campo para batirse; ya habian sacado las espadas y empezaba el combate, cuando el santo apóstol, advertido á tiempo y llegando á toda prisa, «Señores, les grita, no perdais vuestras almas por un miserable punto de honor; si aún os resta algun temor de Dios, dejad el combate.» Los dos adversarios, dominados por la cólera, parecian no oir; se arrojaban el uno sobre el otro y se dirigian terribles cuchilladas. Francisco, que era muy hábil en el manejo de las armas, se arrojó entre ellos y logró arrancarles sus espadas. Entonces, sorprendidos de verse desarmados, se resignan á escucharle; les habla el lenguaje de la fe y la razon; y bien pronto se sienten movidos por el buen sentido y la bondad de sus palabras: el arrepentimiento sucede al furor, si piden mutuamente perdon, se abrazan y se retiran reconciliados y amigos (1).

Vencedor en la causa de la caridad, Francisco ambicionaba serlo aún mas en la de la fe, por la que combatia todos los dias. Desde que los ministros del país de Vaud habian faltado cobardemente en Thonon á la conferencia que ellos mismos habian propuesto, no cesaban de repetir por excusa que, estando Thonon en poder de un príncipe católico, no habian podido aceptar la lucha, porque el Duque de Saboya les haria pagar caro el triunfo que consiguieran. Para quitarles este vano pretexto, Francisco les ofreció ir al mismo Ginebra, acompañado de seis sacerdotes elegidos por él, á sostener contra todos los ministros juntos la doctrina católica, sin el auxilio de otros libros que los que habian sido impresos en la ciudad. Los minis-

(1) Carlos Aug., p. 135.

tros retrocedieron ante este reto, escepto uno solo de ellos, mas leal y mas amigo de la verdad que sus compañeros. Galletier, tal era el nombre del ministro, fué en persona á Thonon para conferenciar con Francisco, y tuvo con él varias entrevistas: la verdad y la santidad de la religion católica aparecieron á sus ojos; y bastante franco para confesarlo, pero no teniendo suficiente energía para atreverse al instante mismo á hacer pública profesion de la fe romana, que reconocia verdadera, rindió homenaje á la ciencia y á la piedad sincera del apóstol del Chablais. De regreso á su país no pudo callar sus impresiones, y los Berneses, bajo cuyo poder estaba el canton de Vaud, viéndole favorable á la religion católica, le formaron causa y le condenaron á muerte, si se ha de dar crédito á la mayor parte de los historiadores (1).

Esta victoria obtenida sobre un ministro hereje alentó á Francisco á hacer una tercera tentativa con Teodoro de Beza, de la que algunos querian disuadirle. «Señor, le decian, vais con tanta frecuencia á Ginebra para conferenciar con ese mal hereje, que nos escandaliza. ¿No empleais mejor vuestro tiempo con tantas buenas almas dispuestas á aprovecharse de todas vuestras palabras? — ¡Ay! respondió, no os acordais que Jesus, nuestro Maestro, ha dicho que no ha venido á este mundo por los justos sino por los pecadores, y que segun San Pablo, las palabras mas agradables que han descendido del cielo eran estas: que Dios ha venido para salvar á los pecadores? Si debemos imitar á nuestro Maestro y ser pescadores de los pecadores, ¿por qué no he hacer yo por Beza todo lo que puede hacer un ministro de Jesucristo? Siendo este una oveja descarriada, ¿no he de intentar yo retirarle de las garras del lobo, y volverle al aprisco?» (2)

Animado de un celo tan ardiente, el santo apóstol fué á buscar á Beza. «Señor, le dijo pasados los primeros cum-

(1) Carlos Aug., p. 153 y 154.

(2) ¿Cuál es el mejor gobierno, el riguroso ó el dulce? Carta VIII.

»plimientos, no vengo á disputar con vos, sino á hablaros
 »con un corazon abierto, del negocio mas importante que
 »teneis en el mundo. Si reconoceis á la Iglesia romana por
 »la Iglesia madre, debeis tener un grán deseo de volver á
 »esta verdadera Madre, que en otro tiempo os ha alimen-
 »tado con su doctrina. Quizás os retraiga alguna conside-
 »racion temporal, temiendo perder los medios de vivir có-
 »módamente fuera de Ginebra; para tranquilizaros en ese
 »particular estoy autorizado por el Papa para ofrecer os una
 »pension anual de cuatro mil escudos de oro (1), y prome-
 »teros además que todos vuestros muebles serán pagados
 »el doble de lo que los apreciéis.» (2) A esta proposicion
 Beza no respondió una sola palabra, permaneciendo con
 los ojos fijos en tierra, pensativo y silencioso. «Acaso, Se-
 »ñor, añadió Francisco con esa ternura que inspira un celo
 »ardiente, resistireis por mas tiempo á la verdad que veis?
 »Aprovechad la ocasion favorable que Dios os ofrece: hon-
 »rad vuestras canas con una vuelta sincera á la Iglesia
 »romana, y asegurad vuestra salvacion con un generoso
 »esfuerzo.» (3)

Beza, por fin, rompió el silencio; pero no fué sino para
 repetir que, aunque la Iglesia romana era la madre Igle-
 sia, no desesperaba de salvarse en la Iglesia protestante;
 no pudiendo el santo apóstol obtener otra respuesta. Tales
 fueron las tres célebres conferencias de Francisco de Sa-
 les con Teodoro de Beza: la primera viva y animada, la
 segunda mas tranquila, la tercera tierna y conmovedora,
 las tres inútiles ó por lo menos ineficaces para el objeto que
 se proponia: intentar otra no era ya posible. El apóstol no
 abandonó, sin embargo, al desgraciado heresiarca; no pu-
 diendo ya hablarle, le encomendó á Dios con fervorosas
 oraciones, é hizo se rogara por él, sobre todo durante el
 jubileo de Thonon. El Obispo de Ginebra oró tambien por

(1) Es decir, catorce mil setecientos veinte francos de nuestra moneda.

(2) Carlos Aug., p. 154.—De Maupas, p. 24.

(3) La Riviere, p. 195.

su parte con todo el fervor que inspira el celo en el alma
 de un santo, y le hizo entregar secretamente un Crucifijo
 que habia pedido para él al soberano Pontífice. Estas ora-
 ciones no quedaron sin efecto; el primer dia de julio Beza
 tuvo un sueño en el cual le pareció estar ante el tribunal
 de Dios; la sentencia de su condenacion iba á ser pronun-
 ciada, cuando la Santísima Virgen, á quien habia honrado
 en su juventud, le obtuvo una tregua para que hiciese pe-
 nitencia. Este sueño hizo en su alma una impresion pro-
 funda. Lo atribuyó á las oraciones del Obispo de Ginebra,
 hácia el que tenia particular veneracion. «Veo, escribe á
 »Francisco (1), que este santo hombre ruega á Dios hace
 »largo tiempo por mi conversion; preciso es que haya orado
 »mucho para que me haya obtenido este favor. Bien qui-
 »siera acompañarle en el cielo, donde todos los bienaven-
 »turados le esperan y le desean; pero, ¡ay! yo no merezco
 »desatar la correa de su calzado. Deseo que continúe ro-
 »gando por mí, para que por sus méritos pueda obtener el
 »perdon de mis execrables pecados, que hacen estremecer
 »de temor mi corazon y mis carnes. Hace mas de veinte
 »años que este santo prelado me insta á ser católico; me
 »informé entonces de sus costumbres y de su vida, y supe
 »que ayunaba tres veces en la semana, que nunca se le veía
 »perder un minuto de tiempo, y que se le encontraba casi
 »siempre de rodillas orando, leyendo ó escribiendo. Le
 »debo llamar santo aunque no hubiese hecho otro bien que
 »ser causa del cambio que siento en mi corazon.»

Un gran cambio, en efecto, se manifestó en Beza; se re-
 tractó de varios errores que habia enseñado hasta entonces
 y se declaró opuesto á la herejía, favorable á la Iglesia ro-
 mana y al culto de la Madre de Dios. Esto lo prueban: en
 primer lugar un escrito de su mano encontrado entre los
 papeles de San Francisco de Sales, á quien se lo habia en-
 viado con un hombre salido de Ginebra que quería hacerse

(1) *Vida de Claudio Granerio*, por el P. Constantino de Magny, p. 282.

católico (1); y en segundo lugar una multitud de otros hechos citados por los historiadores. El religioso de la orden de los menores, Francisco *Few-Ardent*, cuenta (2) que Beza habia aconsejado al ministro Corneille dejara la reforma y volviese á la Iglesia romana, asegurándole que lo haria él tambien si pudiera salir de Ginebra. El abad Joly, en sus sabias y curiosas observaciones criticas sobre el *Diccionario de Bayle*, refiere igualmente que Beza, interrogado por uno de sus parientes, le recomendó se uniera estrechamente á la Iglesia romana, sin hacer caso de lo que él habia hecho y escrito. Y como este le espresara su admiracion por un consejo tan contrario á su conducta, no le dió otra respuesta que estas tristes palabras de un hombre que no está firme en sus convicciones: *Mi partido ya está tomado*. Los Ginebrinos, para borrar la impresion triste que podian producir contra la reforma las nuevas disposiciones de su principal ministro, procuraron hacerle pasar en la opinion pública por un anciano, á quien la edad habia debilitado la razon, y que segun decian no hacia mas que disparatar. En cuanto á él, perseverando siempre en las mismas convicciones, quiso huir de Ginebra para abjurar la herejía, y se dice que llegó hasta á disfrazarse para ejecutar mejor su proyecto. Pero los Ginebrinos, enterados á tiempo de sus intenciones, le pusieron guardias para que no pudiera escaparse, de suerte que perseveró, á lo menos esteriormente, en la práctica del culto protestante hasta la edad de ochenta y seis años, á la que murió el 23 de octubre de 1605, acusando á sus compatriotas de ser causa de su condenacion (3). Varios hechos, en efecto, dan bastante lugar á temer por su salvacion: el primero, ese cobarde respeto humano que le hizo practicar un culto que su conciencia le

(1) El autor de la vida de Claudio Granerio, el P. Constantino de Magny, atestigua, p. 280, que Santa Chantal le habia remitido este escrito, que habia encontrado entre los papeles de San Francisco de Sales.

(2) Discusiones ministeriales, lib. III, c. XXIV, p. 327.

(3) Discusiones ministeriales.—Dep. de Myencet.

dictaba estar reprobado; el segundo, su carta á Guillermo Sturkins, donde, para refutar el rumor que se habia extendido de que habia muerto, y de que antes de espirar habia abjurado el error, supone á los jesuitas, y sobre todo al P. Clemente del Riz, inventores de esta fábula, y se burla á sus espensas como hombre que, si era católico en el fondo, no tenia al menos el valor de confesar sus convicciones (1).

CAPITULO V.

Las poblaciones en masa se convierten á la religion católica.

(1597 y 1598.)

Francisco, al volver de su conferencia con Beza, fué al sínodo que tenia á la sazón lugar en Annecy, y esponiendo el estado de la religion en el Chablais, instó al Obispo le diera nuevos colaboradores, porque no podia con tan pequeño número de obreros dar abasto á las necesidades de una mies tan dilatada, y que prometia crecer todavía mas. El Obispo, condescendiendo con una peticion tan justa, le dió tres, que fueron: el P. Querubin de Maurienne, gran predicador, controversista célebre y amigo suyo; el P. Esprit de Baume, que habia estado ya allí algunas veces, pero de paso y sin fijeza, ambos capuchinos; y el Padre Saunier, jesuita de Chambéry. Fué una grande alegría para el santo apóstol llevar consigo estos dignos obreros. Llegaron el 28 de julio á Annemasse, villa situada á una legua de Ginebra, y que á pesar de las bárbaras devastaciones de los Berneses y Ginebrinos, habia permanecido adicta á la fe de sus padres (2). Desde la mañana siguiente tuvieron entre sí una consulta para deliberar sobre los

(1) Una carta impresa del canónigo Luis de Sales en 1598, prueba que la carta atribuida á los jesuitas era una impostura de Beza.

(2) Dict. des Sav., t. I, p. 305.